

LA MANSION DEL HORROR

por

SEABURY QUINN

—¡Cuidado, amigo Trowbridge, ten cuidado!

Julio de Grandin me avisó, viendo que el coche se echaba a la cuneta del mojado camino. Di vuelta al volante con rabia y jurando entre dientes, mientras me inclinaba hacia adelante, tratando en vano de atravesar las cortinas de lluvia que nos impedían toda visión del camino.

—Imposible—confesé. Y, volviéndome hacia mi acompañante, añadí:—Nos hemos extraviado.

—¡Vaya!—me contestó con una risita. ¡Ahora te das cuenta, amigo? *Parbleu!* Hace ya media hora que me he percatado de ello.

Parando el motor, me deslicé por la asfaltada carretera, tratando de ver a través de las ráfagas de aire y cortinas de agua, si vislumbraba algo familiar que me orientase, pero sólo se encontraron mis ojos con la oscuridad y humedad impenetrables.

Dos horas antes, respondiendo a una insistente llamada telefónica, de Grandin y yo habíamos dejado nuestro templado despacho, para acudir a administrar una dosis de suero a la hija de un trabajador italiano que se ahogaba con la difteria, y que vivía en una cabaña en el campamento establecido cerca del nuevo ramal del ferrocarril en construcción. El frío, la lluvia y la oscuridad de la noche, me habían desorientado, cuando di la vuelta por el corte del ferrocarril, y desde hacía hora y media trataba en vano de encontrar el camino en rutas por mí desconocidas.

—*Grace a Dieu!*—exclamó de Grandin, agarrándome el brazo con sus pequeñas manos.—¡Una luz! ¡Mira como brilla en la noche! Vamos hacia ella. El chamizo más mi-

serable es preferible a tener que soportar este tiempo asqueroso.

Traté de ver a través de la lluvia, distinguiendo una débil e intermitente luz que vacilante se adivinaba a unos doscientos metros de distancia.

—Bien — asentí bajando del coche,—hemos perdido tanto tiempo ya, que probablemente no podríamos hacer nada por la chica de Viviani, y quizá esta gente nos pueda guiar para encontrar nuestro verdadero camino.

Chapoteando en charcas que parecían lagos en miniatura, luchando nuestros cuerpos con los obstáculos invisibles, íbamos hacia la luz, llegando finalmente a una casa grande, cuadrada, de rojos ladrillos, en cuyo frente se veía una imponente arcada de blancos pilares. Una luz brillaba en el farol colgado sobre la blanca puerta y a través de las dos altas ventanas que flanqueaban la entrada.

—*Par bleu!* es una casa de circunstancias, ésta—comentó de Grandin, subiendo al pórtico y tirando con apuro del pulido llamador de cobre.

—¡Qué extraño! No puedo recordar este sitio—murmuraba yo, con la frente contraída, mientras mi amigo llamaba por segunda vez.—Yo creía conocer todos los edificios de estos contornos, en treinta kilómetros a la redonda, pero éste es nuevo...

—¡Ah! ¡Bah!—interrumpió de Grandin.—Tú siempre has de ser un aguafiestas, amigo Trowbridge. Primero te empeñas en que nos perdamos en medio de esta bendita tormenta; después, cuando yo, Julio de Grandin, encuentro un lugar donde guarecernos del mal tiempo, tú le pierdes en cavilar, porque no conoces el sitio. *Morbleu!* ¡Serás ca-

